

# La felicidad de Dafne

**Victoria Bayona**



LecturaS  
en acción

Argentina **unida**

Plan nacional  
de lecturas

Secretaría de  
Educación



Ministerio de Educación  
Argentina

**Presidente**

Alberto Fernández

**Vicepresidenta**

Cristina Fernández de Kirchner

**Jefe de Gabinete de Ministros**

Santiago Cafiero

**Ministro de Educación**

Nicolás Trotta

**Secretaria de Educación**

Marisa Díaz

**Unidad Gabinete de Asesores**

Matías Novoa Haidar

**Subsecretaria de Educación Social y Cultural**

Laura Sirotzky

---

**PLAN NACIONAL DE LECTURAS**

Coordinación: Natalia Porta López

Edición: Teresita Valdetaro

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez

Corrección: Cecilia Biagioli

© Victoria Bayona

Ilustración de tapa: Victoria Bayona

**Ministerio de Educación de la Nación**

Plan nacional de lecturas

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

plannacional.lecturas@educacion.gob.ar

República Argentina, septiembre de 2021

# La felicidad de Dafne

Victoria Bayona

Dafne corría y saltaba, con el barro hasta las rodillas. Su pelo era una maraña rojiza de nudos imposibles, y su sonrisa era ancha, sincera: sonrisa de mujer salvaje y poderosa. En las plantas de los pies, el latir de la tierra le anunciaba las tormentas, contaba las historias de los habitantes del bosque o delataba la presencia de ocultos moradores sensibles a su flecha.

El viento le besaba las cicatrices que las ramas hacían en su cuerpo, susurraba en canciones los secretos de las hojas suspendidas. Dafne era un hilo más en el intrincado tejido de la naturaleza, que se expandía o cortaba sin penas ni alegrías.

Cazaba como Diana, como sus compañeras ninfas. La muerte era una nota que tocaba a diario, para que sonara el mundo. En sus pies, las piedras tallaban los dibujos de su libertad; y en sus manos, cada músculo sabía su quehacer, tensando el arco con sabiduría, para darles un final piadoso a sus eventuales presas.

Amaba la tierra que olía cuando la lluvia convertía los terruños en barro y terminaba por esconder sus piernas bajo una capa oscura y quebradiza. Salían entonces a la luz los seres de la oscuridad: lombrices, larvas, caracoles, un festín para los pájaros. Algunos de los invitados terminarían en el fuego, sorprendidos por la filosa puntería de Dafne.

Aquel día el sol se asomaba por entre los nubarrones, después de la tormenta. Ella tenía echado al hombro un par de codornices, el pelo empapado sobre la cara. Celebrando que había clareado, exhausta y feliz, decidió visitar a su padre, el dios-río Peneo. ¡Cómo se alegraba él cada vez que la silueta de su hija aparecía entre las ramas! La admiraba por alegre, por fuerte, por sensata, y disfrutaba cuando la risa de Dafne cantaba en sintonía con los borboteos de la corriente. Aquella muchacha era su debilidad y, mientras se saciaba con el festín que había dejado la caza, pensó que no habría nada que no estuviera dispuesto a hacer por ella.

Mientras tanto, en las galerías de un espléndido palacio, retumbó la voz de Apolo:

—Suelta esas flechas o terminarás atravesado por una.

Cupido las dejó caer de inmediato. Sabía que le pertenecían a ese dios irascible, hermoso y joven, y no quiso despertar su ira. Lo odiaba. Odiaba ese porte masculino y grácil, su belleza, su inmenso poderío.

Lo miró por el rabillo del ojo mientras este tomaba el carcaj y se alejaba, pedante, rumbo al banquete, sin siquiera mirarlo.

Él, Cupido, era menudo, pero poderoso también. Parecía que Apolo lo olvidaba. Por el desprecio que le había mostrado, juró que sus flechas, aunque pequeñas, le acarrearían terribles infortunios.

Esperó, observándolo día y noche, a que la oportunidad llegara. Lo hizo un día en el que Apolo visitaba a Diana.

—¿Qué tal la caza, hermanita?

—Podría serme útil un arco extra. Mis ninfas vieron varios ciervos en las cercanías —lo invitó.

Cupido tensó una flecha especial, una que tenía la punta de plomo. Quien fuera atravesado por ella no moriría, pues sus flechas no mataban, sino que sería destinado a huir de todo aquel quien le profesara amor.

Apartó la atención de Apolo, que se preparaba para la cacería con su hermana, y observó detenidamente a las ninfas del bosque. Se interesó por una en espe-

cial, de cabellos revueltos y rojizos, piernas fuertes y torneadas, y una sonrisa franca y deslumbrante. La flecha zumbó y se clavó, certera, en medio de su corazón.

—¡Ay! —soltó Dafne, percibiendo un dolor inexplicable en el pecho. Se llevó los dedos a la piel tostada, donde había sufrido el azote, sin entender qué lo había causado.

Sintiéndose infinitamente triste, corrió a buscar consuelo en brazos de su padre.

—Nunca me casaré —prometió, heladas la voz y la postura, sin saber de dónde provenía aquel deseo.

—Dafne querida —se extrañó el dios-río—, dices eso porque aún no te has enamorado...

—No, padre. No es por eso. Es mi libertad lo que venero. Es de mi independencia de la que estoy enamorada. Nada me complace más que, sin rumbo fijo, correr hasta que mis piernas se echan, cansadas, en el suelo...

—Pero ¿no tendrás marido?

—Tendré las tardes cálidas bajo los árboles, la sangre tibia de la presa cazada...

—No sabes lo que dices, hija...

—Estoy segura. Y necesito saber que respetas mi juicio, que lo entiendes.

El dios se debatió, apenado. Nunca antes había visto así a su hija. Sus lágrimas hacían caminos de agua y sal, al juntarse con la tierra salpicada en sus mejillas. Se le contrajo el corazón. Tanto amaba a Dafne que le era insoportable verla triste. Suspiró, haciendo un gran esfuerzo por poner a un lado sus deseos para ella, y le dijo:

—Deja ya de llorar, hija mía. Lo entiendo y lo respeto.

Un poco más tranquila, Dafne se despidió y regresó a cazar junto a las ninfas.

Cupido preparó otra flecha. Esta vez, la punta era filosa y dorada, hecha de oro. Aquel que fuera atravesado por ella se enamoraría perdidamente de la primera persona a la que viera. Esa estaba destinada a Apolo.

Esperó, agazapado, a que el dios estuviera a unos pocos metros de Dafne. Una vez que se aseguró del ineludible encuentro de sus miradas, disparó. La flecha se clavó en el corazón de Apolo en el preciso instante en que sus ojos se encontraban con los de la ninfa.

—¡Por todos los dioses! ¿Cuál es tu nombre, criatura divina, mujer-cárcel de mi espíritu? No dormiré mientras respires lejos de mi aliento —suspiró.

Dafne abrió los ojos con espanto.

—Dame tus manos, ilumina mi agonía con tus besos, necesito que sean míos tus encantos, que esta, mi devoción, sea también mi condena...

Apolo se acercaba, y ella estaba paralizada por el miedo.

Cuando al fin cayó en la cuenta de lo que sucedía, echó a correr en busca de ayuda.

El dios corrió también detrás de ella. La ninfa era veloz y conocía los estrechos pasajes a la perfección. Grande y musculoso, a pesar de sus esfuerzos, él la seguía con destreza, pero un poco rezagado.

Dafne saltó piedras y esquivó ramas con el eco de los versos de Apolo a sus espaldas, y el terror se apoderó, tramo a tramo, de su temple.

—¡No corras, belleza hecha destino! ¡Eres mía! ¡No hay lugar donde no vaya a buscarte!

Cupido miraba la escena, complacido.

—¡No! ¡No! —gritaba ella, las lágrimas empañándole los ojos.

Todo lo que amaba estaba a punto de desvanecerse. Sus animales, los árboles, las plantas. Las tardes silenciosas que esperaban a la presa, el zumbido de los insectos por las madrugadas.

—¡Mi dueña, calma esta agonía!

—¡Padre! —el grito fue desgarrador—. ¡Haz algo! ¡Ayúdame!

El dios-río se conmovió al escuchar el clamor de su hija.

—¡Me persigue un dios! ¡Deprisa!

Apolo la alcanzó, embriagado de un amor que lo desbordaba. Aquella criatura era la más perfecta que había visto y le entregaría su alma, su corazón, su vida.

Dafne aulló, creyendo perdida su libertad para siempre, hasta que advirtió algo novedoso bajo sus pies: era su padre, llegando a ella en venas de agua por debajo de la tierra. Apolo ya la rodeaba con sus brazos, cuando el cuerpo de la ninfa comenzó a sentirse extraño. Primero, las plantas de sus pies, labradas por la piedra, se aferraron al suelo; luego, sus piernas se secaron y su piel se transformó en corteza. Sus brazos se alargaron al cielo y se ramificaron, mientras sus cabellos se tornaban hojas, de las que cantan sus secretos al viento.

Apolo se halló de pronto abrazando un árbol.

—¡No! —lloró, con el corazón roto—. Amor mío, mi vida...

Cupido festejó, silencioso, su venganza.

El dios apoyó su mejilla en el tronco, derramó sus lágrimas y creyó que aún podía escuchar el corazón de Dafne, latiendo bajo la madera.

Finalmente, no pudo hacer otra cosa, más que admirar la belleza del laurel, que no había hecho sino conservar la de su amada. Y le susurró que, desde ese día, coronaría con sus hojas a los héroes.

Besó la áspera superficie que abrazaba, mientras Dafne, hecha una con todo lo que amaba, celebró que había podido cumplir con su deseo: ser parte del tejido verde, de la sinfonía exacta de aquel bosque que sonaría por siempre hasta el final de los días.



## Victoria Bayona

Nació en La Plata. Es escritora, actriz y artista plástica. Ha publicado las novelas *Dalila y los tritauros* y *La maestra* (mención en Premio El Barco de Vapor), entre otras. Como dramaturga escribió *El Síndrome Kafka* y *Solo en los balcones* (premiada por la Legislatura Porteña en 2015). Actualmente se desempeña también como docente.

---



# Leer es tu derecho

El **Plan nacional de lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, el Plan distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convida literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y a otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.

Ejemplar de distribución gratuita